

LAS IDEAS DE VILLAMARTÍN SOBRE EL PENSAMIENTO MILITAR DE SU TIEMPO

Por Miguel ALONSO BAQUER
Teniente Coronel de Infantería (DEM)

«La geografía, la estadística y la historia son las tres antorchas de la guerra» ... «El talento y el estudio, en la guerra, vence por último al genio, que no es al fin otra cosa que el talento sublimado por la soberbia».

(Villamartín)

No es Villamartín autor que se detenga en la búsqueda del origen de las ideas a las que se fue acogiendo su propio pensamiento. Villamartín cita pocos nombres de amigos y aún menos de maestros. Sólo como historiador de campañas emite juicios de valor respecto al comportamiento de los generales en jefe de los ejércitos en presencia. Es difícil encontrar párrafos entrecomillados que digan al pie de la letra la doctrina de los tratadistas que Villamartín prefiere o admira.

No es este el caso de los tres escritores militares que, en vida o poco después de su muerte, se tomaron la molestia de poner en parangón los escritos de Villamartín y los de los tratadistas europeos más influyentes de su tiempo. Nos referimos al coronel Vallecillo, al comandante Vidart y al coronel Cotarelo. Estos tres publicistas españoles llenan sus comentarios con citas de una o más procedencias en un encomiable esfuerzo por inscribir a Villamartín en la estirpe de los clásicos en materia de temas militares.

El Coronel Vallecillo saludó con alborozo la aparición de *No-ciones del Arte Militar* con una serie de artículos que vieron la luz en septiembre de 1864, poco más de un año después de la edición del magnífico trabajo. Y hay que hacer constar que Villamartín

era un capitán de Infantería que contaba treinta años. El comandante de Artillería Luis Vidart, mucho más metido que Vallecillo en las corrientes filosóficas en boga, a los cuatro años de la muerte de Villamartín, en 1872, en una biografía de urgencia le colocó en la línea de los cinco grandes tratadistas que entonces privaban en Europa —el general británico Lloyd, el barón suizo Jomini, el general alemán Willisen, el mariscal francés Marmont y Clausewitz.

Tiene otro sentido la aportación de Arturo Cotarelo, coronel de la Comisión de Homenaje a Villamartín para la publicación de *Obras Selectas* en 1883, fecha en la que Villamartín hubiera cumplido cincuenta años. Cotarelo hace una extrapolación de un encuentro malogrado de Villamartín con los nuevos tratadistas europeos —en síntesis las de Moltke— que habían reflexionado sobre las campañas de 1864, 1866 y 1870. Lamenta que la muerte de Villamartín y lo fragmentario de su producción en esas mismas fechas impidiera el diálogo con Lewal, Rustow, Pierron y Verdy du Vernois «... oficiales pensadores, dignos émulos en el estudio razonado de cuestiones tan interesantes del que siendo modesto capitán del Regimiento de Infantería Toledo se colocó de una vez y para siempre entre los más ilustres publicistas de la época actual».

Vallecillo, Vidart y Cotarelo, nos han dado una imagen de Villamartín que no puede ocultar su visión como escritor malogrado. Piensan que su obra debía ser continuada en el sentido que Villamartín le había dado. Pero ninguno de los tres, como escritores militares, sabían moverse por el mismo plano de reflexiones generales y profundas por donde Villamartín se había movido con soltura. Vallecillo era un analista, un recopilador de normas, un comentarista en definitiva. Vidart, un intelectual sugerente y florido, obsesionado por imprimir en España un giro hacia el idealismo alemán no tanto de la ciencia militar como de la cultura general. Cotarelo, el más clásico de los tres, era un estudioso de tácticas, como el general Concha, Marqués del Duero. La perspectiva desde la que escriben Concha y Cotarelo, a la llegada a España de los ecos de las victorias nada románticas de Moltke, es la de una modificación a gran escala de los métodos de guerra por causa del perfeccionamiento continuo de las armas de fuego.

LAS LEYES DE LA GUERRA ESPAÑOLA

De las tres actitudes, la más próxima a Villamartín es la de Luis Vidart. Pero pueden ser desorientadoras las precisiones de este arti-

llero krausista, entusiasta de la conjunción del evolucionismo organicista de Herbert Spencer con el neokantismo de Zeller (un historiador alemán que recuperó la perspectiva idealista frente al materialismo del positivismo francés). Fueron escritas desde la conciencia de fracaso de la experiencia del sexenio revolucionario en plena Restauración canovista. Hay en ellas un confesado deseo de devolución al ámbito del progresismo —entre republicano y socialista— de la figura de Villamartín, fallecido a los treinta y nueve años en 1872. Y es que Vidart no puede tolerar que Villamartín, desprovisto de todo destino militar desde su actuación como Ayudante de Campo del Marqués de Novaliches en la batalla de Alcolea (año 1868) junto a los defensores del trono de Isabel II, pasara a la historia como un hombre de la Restauración.

En realidad, Villamartín pensaba por cuenta propia y elaboraba sus conclusiones sin apoyarlas en el testimonio de autoridad alguna, civil o militar, nacional o extranjera. Entre líneas puede leerse una mayor admiración por la escuela francesa de estrategia —no olvidemos que escribe una década por delante del desastre de Sedán de 1870— que por la escuela prusiana, a la que reconoce prestigio en el artículo donde era más delicado hacerlo, *Napoleón III y la Academia de Ciencias*, obra de 1864. Pero la clave de su afán no está aquí.

La razón profunda del esfuerzo erudito de Villamartín tiene un sentido más que nacionalista. Lo que Villamartín pretende —y así lo hace constar en la *Dedicatoria* de las *Nociones al Marqués del Duero*—, es descubrir las buenas o malas condiciones de nuestro carácter nacional «para dictar las leyes a que debe sujetarse la guerra española».

De la preocupación por el prestigio militar de España procede su aparente desinterés por las ideas de autor extranjero y su reincidencia en limitar al máximo la oferta de ejemplos de combates, batallas, operaciones o guerras habidas lejos de nuestras fronteras.

Ahora bien, el desinterés es aparente porque Villamartín se sabe militar europeo y como tal obligado a combinar su fundamental pretensión, «dictar las leyes a que debe sujetarse la guerra española» con estas otras dos finalidades:

- Señalar la influencia que en el Arte Militar tiene la forma de nuestra sociedad.
- Ver la utilidad que ofrecen para la guerra los últimos adelantos.

Estas dos finalidades son las que Villamartín podía compartir mejor con los tratadistas de su tiempo. La primera es la que le aproxima a Vidart. La segunda es la que interesó a Cotarelo. Pero respecto a las dos hay que hacer constar que el despertar de los centros militares de enseñanza europeos debe fecharse para Francia en 1876, creación de su Escuela Superior de Guerra, para Italia muy poco después, y con el mismo nombre, y para España en el período que separa la apertura de la Academia General de Toledo, 1882, y la fundación de nuestra Escuela Superior de Guerra en 1893, es decir, un período que Villamartín no pudo conocer.

De aquí que, en definitiva, Villamartín fuera considerado:

- 1) Como precursor de un cambio, y
- 2) Como ejemplo a favor de que tal cambio modernizador estuviera en línea con la tradición militar española.

Este es el sentido que tienen las reiteradas referencias de sus tres apologistas españoles, Vallecillo, Vidart y Cotarelo, a cuantos antecedentes sirvieran para acusar a los españoles de ignorantes respecto al mérito de las obras del Marqués de las Minas, de Santa Cruz de Marcenado, etc..., sin embargo, reconocido por Federico de Prusia, por Napoleón III, etc...

EL ABANDONO GRADUAL DEL ESPIRITU ROMANTICO

Era común entre los tratadistas de la década de los sesenta del siglo XIX la búsqueda de cuanto pudiera contribuir a desarrollar en la opinión las ventajas del *abandono gradual del espíritu romántico*, que atribuía al genio de la guerra el papel fundamental en las operaciones, y de la apertura de una *creciente confianza en los últimos adelantos*, muy particularmente, en las posibilidades del fenómeno moderno de la industrialización. El espíritu militar adecuado a los tiempos nuevos tenía que despegarse de las notas primitivas del espíritu guerrero y acercarse a las notas modernas de la organización industrial. En esto coincidían todos.

Así será el lenguaje de Cotarelo: «un progreso de la industria y del comercio; las líneas férreas tienen una aplicación directa en todo plan estratégico y en múltiples disposiciones tácticas; ya no basta de ningún modo para alcanzar la victoria una ofensiva impetuosa ni una defensa tenaz. Se necesita más, se requiere un estudio

previo de esos elementos bélicos»... «En estrategia, según indica acertadamente el General Lewal, existe hoy cierta limitación por consecuencia lógica de los progresos de la industria, del comercio... Con la táctica sucede lo contrario, progresa siempre, porque continuos son los adelantos en materia de armas de fuego».

Y también el de Vallecillo: «La guerra ya no la hacen, en esta nueva era que alcanzamos, los príncipes, sino los pueblos». Y no muy lejos están los criterios despersonalizadores de Vidart al referirse al espíritu de la obra suprema de Villamartín: «Busca la afirmación de principios permanentes y eternos, superiores al continuo mudar de los hechos históricos». «Toda la ciencia humana no se reduce a otra cosa sino a definir...». «Más que el estudio concreto del arte militar, hemos querido hacer el de sus relaciones con la política y las ciencias del siglo».

Pero el abandono del romanticismo por Villamartín no está claro, ni mucho menos. En la Dedicatoria de las *Nociones* al Marqués del Duero no insistirá tanto en la ciencia como en el arte militar. Mantiene este propósito como prioritario: «dar a las artes españolas el sello de nacionalidad que perdieron y ofrecer un curso completo de arte militar escrito para España». En su defensa de lo militar frente, al criterio de la Academia de Ciencias de Francia, se deslizará en la otra dirección: la científica.

La prioridad de lo artístico iba acompañada en Villamartín por esta afirmación: «En todas las artes entra como primer elemento la inspiración, el genio del artista». Y va seguida de esta consideración: «El progreso del arte militar tiene analogías profundas con el progreso de la sociedad». Y es que Villamartín abandona el romanticismo con nostalgia, no con entusiasmo. Cree que la guerra es el desarrollo de un principio sujeto a leyes inmutables que el hombre no conoce sino a medias. Al genio le reconoce un reconocimiento mayor por razón de sus dotes para la intuición. Pero, incluso respecto al hombre sobresaliente, tal como lo describe Villamartín con encendidas palabras, hay que ceder al fatalismo». «Fatalistas en historia, creemos que todo lo que ha sucedido ha debido suceder».

Villamartín le da motivos a Vallecillo para reconocer en él la superación del idealismo romántico gracias a estas dos frases:

- «Napoleón, última individualidad de otros siglos, sucumbió ante la España y la Rusia, primeras colectividades de los siglos del porvenir».

— «Nos hallamos en una nueva época de transición. Las guerras posteriores a 1815, no son más ensayos de la guerra del porvenir».

Pero una lectura más profunda nos revela que el alma de Villamartín sigue siendo romántica hasta sus últimos escritos en que juzga muy negativamente el estilo de las tres guerras de su inmediatez reflexiva, la de *Crimea*, la de *Italia* y la de *Secesión de los Estados Unidos*. Su modelo de guerra seguía siendo el de las campañas de Napoleón.

Villamartín no había abandonado el culto al individualismo por la esperanza en la fabricación en serie. «Hasta la decadencia de su ejército —escribe con evidente pena— no usaron los griegos máquinas de guerra». Como Cervantes, Villamartín, prefiere para el futuro un discurso sobre las armas y las letras, donde el valor personal brille por sí mismo frente al maquinismo.

Villamartín —que era un escritor muy joven— tiene sueños románticos que le impiden mirar con realismo las tres guerras de su tiempo que él mismo cita. Nada dice de la más romántica de todas, la de Prim y O'Donnell en el Norte de Africa, en la que no pudo estar presente. La guerra de Crimea le parece «de tanto lujo de medios y de tan pobres resultados». La guerra de Italia merece más aún su desprecio, porque es una lucha «en la que no se ha visto una victoria militar absoluta». Y la interminable guerra de los Estados Unidos le resulta una confrontación «en la que no se ve otra cosa que batallas sin resultado y marchas sin objeto».

No se interprete que Villamartín se ha refugiado definitivamente en la grandeza del pasado. Créase, más bien, que sigue pendiente de que los hombres del tiempo nuevo salgan de la mediocridad y logren conducir a los pueblos a la victoria de manera espectacular. Pero, con todo, se exige a sí mismo —tras afirmar que «la *geografía*, la *estadística* y la *historia* son las tres antorchas de la guerra»— no sobrepasar el nivel del talento, porque «el genio no es otra cosa que el talento sublimado por la soberbia».

LA CONFIANZA EN LA REFLEXION

Villamartín quería integrar su pensamiento en la etapa positiva, no metafísica, del progreso de la ciencia militar, como le reconoce Vallecillo. Pero no por la vía del crecimiento del potencial de guerra, sino por la del perfeccionamiento de los estudios militares. Llevaba en Infantería una carrera aceptable: a los treinta y dos

años era Comandante y a los treinta y cinco se quedó sin revalidar su ascenso a Teniente Coronel en el Puente de Alcolea por razones de orden político.

Pero no dudó en reconocer que España y su Ejército estaban atravesando una hora de máximo prestigio social para los tres Cuerpos Facultativos: Artillería, Ingenieros y Estado Mayor. Aunque su argumentación no fue del todo lógica y coherente, nos sirve como testimonio de su aprecio por el oficial que estudia la ciencia en la que, a juicio de Villamartín, se justifica cada uno de estos tres Cuerpos.

«La *geografía* y la *historia* es el estudio que domina, y esto nos da ingenieros y artillería, y la *estadística*, que olvidada desde los Césares, vuelve cuando vuelven los Estados, sirve de base a doctrinas estratégicas, eleva las marchas a la importancia que deben de tener y crea, por consiguiente, los Estados Mayores».

En realidad, con su canto a la estadística, ciencia del hombre de Estado, Villamartín revela su culto por la lógica gramatical. De *estadística* ha deducido Estado y de Estado, militarmente hablando, *Estado Mayor*. Es una postura más razonable que la de Vidart en su desesperado intento de apropiación de la clave cósmica que rige, entre otras cosas, a los ejércitos, por vía filosófico-naturalista.

Para Luis Vidart «la ciencia militar se fundamenta en la fisiología, la geología y la lingüística». Hay en Vidart una búsqueda de lo inmutable, de lo permanente, de lo universal en lo natural. No hay atención al hombre como un ser de conducta diferente a lo que contempla la geología como lo más firme de la naturaleza. Tanto lo corporal del hombre como su espíritu lo apoya Vidart, románticamente, en lo que el individuo no puede modificar, la biología y el idioma.

Para Villamartín la situación es más dramática y está menos determianda por la ciencia cósmica. Quiere dejar a salvo la capacidad del hombre aislado para intervenir en la marcha de la humanidad hacia el progreso. Reconoce que «no hay profundo pensador que de la guerra haya escrito que no use las palabras Filosofía de la guerra, Metafísica de la guerra, Principios de la guerra, Ciencias Militares y otras que alejan de sí la idea de arte». Mas frente a ellos, Villamartín sostiene la posibilidad misma del arte de la guerra sin negar el carácter científico de algunas actividades de orden militar. Su obra es un intento de conciliación. Pero su contorno intelectual no le ayuda en absoluto para lograrlo.

Para Villamartín, como para Vidart, era científico «buscar la afirmación de principios permanentes y eternos, superiores al continuo mudar de los hechos históricos». Los dos están con la Naturaleza y enfrente de la Historia, a cuyos protagonistas prefieren verlos como seres limitados. Quieren que, por fin, se produzca el hallazgo del principio más verdadero y más seguro del «rayo de luz que atraviese el caos del saber humano», del «hecho primitivo que no sea producto de las fuerzas del hombre». «La guerra —escribe Villamartín— está en la naturaleza, es un hecho absoluto, es un efecto de una causa superior al hombre, consecuencia de un principio del Cosmos».

Vidart será más consecuente que Villamartín a la hora de abandonar las clásicas humanidades para sumergirse en los hallazgos de la ciencia positiva. Villamartín se sostendrá sobre el libro de la historia que el hombre ha trazado con sus pasiones, pero dejará escrita una frase terrible en su opúsculo *Napoleón III y la Academia de Ciencias*: «La filosofía de la historia es la filosofía de la guerra; porque la historia es la guerra».

Desde entonces, Villamartín va a proponerse que la guerra sea conocida como ciencia y no estudiada como arte. «La ciencia es una de las irradiaciones de la inteligencia infinita, faceta de ese inmenso brillante que se llama Filosofía». Y es de este trasplante kantiano de la filosofía desde el ámbito de las humanidades al de la ciencia de la naturaleza, de donde brota la descalificación que Luis Vidart hace, nada menos que de Clausewitz», «un escéptico que ha tomado una falsa dirección», en lo que Villamartín terminó acompañándole, con alguna reticencia.

La descalificación de Clausewitz procede de Luis Vidart, no de Villamartín. Escribe: «No conocemos más que por extractos y artículos críticos la célebre obra póstuma del general Clausewitz». Vidart, que descalifica a Clausewitz para encumbrar a Villamartín, quizá como escritor más claro, no tiene dificultades en presentarnos la reflexión de Villamartín como la obra de un artista. En el fondo, para Vidart, Clausewitz es un dubitante y Villamartín un iluminado. Pero ninguno de los dos hacen ciencia positiva.

«Villamartín tiene intuición filosófica..., adivina mucho más que sabe..., es un artista, que se remonta a las más encumbradas regiones de la metafísica. Coincide con la *Crítica de la Razón pura* de Kant y con la teoría de lo Incognoscible de Herbert Spencer, y se acerca a la síntesis de Hegel». La clave del entusiasmo de Vidart está en que Villamartín contempla a la guerra como una eterna lucha de

oposiciones, como un hecho natural y permanente, como algo previo a la voluntad humana. La clave de su condena de Clausewitz está en la historicidad del prusiano, es decir, en su insistencia en contemplar el cambio en la noción de guerra como el resultado de la dialéctica de las voluntades hostiles destacadas por la Revolución, en unos hombres y en un pueblo concreto.

Vidart, en 1883, juzga al pensamiento neokantiano como la última manifestación de la ciencia europea. Dentro de esta línea es donde se sitúa él mismo y donde sitúa al mejor Villamartín. Augusto Comte, como todos los neopositivistas, no podría haber hecho nada semejante con las *Nociones de Arte Militar*. Porque ni Vidart ni Villamartín, a su juicio, habían sabido superar el estadio metafísico, que sólo es posible si se excluye la visión militar de las cosas y se la sustituye por la visión comercial e industrial de los acontecimientos.

EL ORGANICISMO DE HERBERT SPENCER

Vidart, cuando se refiere a las ideas de Villamartín, da la impresión de que expone sus propias ideas. Pero está en lo cierto cuando señala que una de las direcciones del pensamiento de Villamartín tiene muchos elementos comunes con la sociología de Herbert Spencer. Aunque tenía más elementos de la sociología de Augusto Comte.

Spencer fue el primer estudioso, procedente del empirismo inglés, que aplicó los hallazgos del evolucionismo al estudio de las sociedades. Comte, antes que él, había desarrollado con fortuna una analogía entre individuo y sociedad. Spencer, introduciendo la variable evolutiva dentro de cada una de las especies —y poniendo el plural «sociedades» donde Comte quería ver sólo «la sociedad»— estableció el paralelo de esas sociedades con el organismo humano. Ambos se apoyaron en la idea de que los cambios culturales son lentos y continuos y ambos esperaron del progreso social una paulatina desaparición de las guerras y de la preponderancia de los militares en la dirección del Estado.

Villamartín —no es posible demostrarlo con la cita de documentos— parece conocer las teorías de uno y otro. En realidad oscila como analista del fenómeno guerra entre el individualismo anarquizante de Spencer y el colectivismo humanitario de Comte. Y como uno y otro, al margen de su íntima creencia religiosa, se acerca a la visión agnóstica de lo religioso como alumbramiento de una religión de la humanidad, cuando sigue a Comte, o como detenimiento ante lo Infinito Incognoscible, cuando acepta a Spencer.

Posiblemente el quicio de la influencia de Spencer en Villamartín esté en su lectura de *El organismo social* (obra de 1860). Spencer era ya muy conocido en los Estados Unidos desde 1850 y aunque sus grandes obras no llegaron a España traducidas hasta después de la muerte de Villamartín es fácil deducir que en Cuba pudo estudiar las correlaciones más llamativas del pensamiento claro, simple, eficaz de Spencer, que por las mismas fechas aportaba Darwin, con un lenguaje esencialmente militante.

Spencer ponía en relación la actividad militarista y la degradación de la mujer, la forma despótica de gobierno y el ceremonial complicado, el pacifismo social y el debilitamiento de las instituciones coactivas. En definitiva, Spencer había investigado la romántica creencia en la eficacia histórica de los grandes hombres y los presentaba no como árbitros de los acontecimientos sino como el producto de las fuerzas sociológicas.

Afirmaciones muy semejantes aparecen en la obra de Villamartín. Pero es necesario advertir que la presentación de los dos tipos más brillantes de la sociedad en la obra de Spencer, la sociedad *militar* y la *industrial* no fue, ni pudo serlo, conocida por Villamartín, pero sí por Luis Vidart. Cuando en 1860 Spencer desarrolle ese modelo de cambio como el más propio de las sociedades florecientes (y no decadentes) ya había defendido con calor una década antes la tesis de que el origen y el desarrollo de las organizaciones estatales había que buscarlo en la guerra. Y había añadido que las guerras se desencadenaban, principalmente, por razones económicas. Las consecuencias de esta hipótesis, transformada en ley de la historia, es lo que se conoce por darwinismo social. Lo que se percibe como idea dominante en todos los tratadistas militares de fines del siglo XIX es la combatividad.

Villamartín vivió en esa atmósfera, a la que hay que suponer impregnando sus lecturas, sus reuniones y sus reflexiones madrileñas. Hay que recordar que hasta 1879 no traducirá al español la obra de Spencer de 1862 *Los primeros principios*. Pero se puede deducir que todo ese modo de pensar, mostrado ya en numerosos artículos de más fácil difusión entre los emigrados del sexenio revolucionario y de los primeros años de la Restauración, era lugar común entre los españoles cultos. Sabemos que en 1883, fecha de la publicación de las *Obras Selectas*, de Villamartín, era Spencer elegido profesor honorario de la Institución Libre de Enseñanza, gracias a las activas gestiones de Vidart.

LAS IDEAS ESTRATEGICAS DEL MARISCAL MARMONT

Aunque los textos de Villamartín pueden darnos la impresión de que conocía la obra de Clausewitz, por el tono generalizador de alguna de sus afirmaciones, Luis Vidart nos ayuda a descartarlo. Estaba muy claro que los militares españoles desconocían los aforismos clasewitzianos, que sólo desde los años 1860-65 se empezaron a traducir al francés. Ni siquiera en Francia se disponía de la totalidad del tratado *De la Guerra*. Vidart, como los miembros del Cuerpo de Estado Mayor que tradujeron a Jomini dos años antes de la apertura de la Academia del Cuerpo de E. M. en Madrid (1842) escribía con seguridad que Clausewitz era un insolvente y que no valía la pena traducirlo desde el alemán, como se acababa de hacer con la obra de Willisen.

Esta ojeriza por Clausewitz provenía de la creciente influencia en los cenáculos españoles de las corrientes positivistas del francés Comte y evolucionistas del inglés Spencer. Hay en Villamartín —carente de experiencias de gran guerra y alejado de España durante la campaña africana de 1860— una timidez, quizá innata, por la emisión de juicios de valor sobre maniobras de estrategia operativa. Pero esta reserva es compatible con lo que Vidart llama intuición filosófica y que en realidad es un modo de reflexionar parejo al de Clausewitz y muy semejante al que tanto éxito tendría en Italia con Nicolás Marselli.

Villamartín, incluso como historiador, ignoraba las líneas maestras de la reforma militar prusiana, pero tenía alguna información sobre ellas. Para él, Moltke era un discípulo de Federico el Grande, no un alumno aventajado de Clausewitz. Como todos los militares cultos de 1863 —fecha de publicación de la obra fundamental de Villamartín— creía que el renacimiento militar prusiano estaba todavía preso por el ceremonial, la parada, el desfile y la disciplina en orden cerrado.

El medio siglo que siguió a la actuación del viejo y astuto Blücher en la batalla de Waterloo había sido de reposo militar para el nuevo ejército prusiano. En cambio, las confrontaciones de los Ejércitos de Inglaterra, Francia y Austria —en Europa y lejos de Europa— dejaban adivinar un mayor grado de eficacia en estos tres ejércitos. Para Villamartín estos tres ejércitos —sobre todo el francés doblado de metropolitano y colonial— eran la punta de vanguardia del progresismo militar. De aquí que la fácil comunicación del bonapartismo francés de Luis Napoleón con los militares

de Isabel II produjera en Villamartín una excelente opinión sobre los tres conocimientos típicos de aquel Cuerpo de Estado Mayor, la *historia*, la *geografía* y la *estadística*.

En los años de reflexión de Villamartín —entre su ascenso a Capitán en 1854 (por haberse adherido a la «vicalvarada») y su regreso con salud delicada de Cuba en 1861, cuando a través de unos destinos burocráticos toma contacto con el General Concha— la influencia del pensamiento militar francés no hizo más que crecer. Y en esta influencia, la obra que más hubo de llamar su atención debió de ser *El Espíritu de las Instituciones Militares* del Mariscal Marmont. Un libro de 264 páginas dividido en cuatro partes: Principios de estrategia y táctica; Organización de los ejércitos; Operaciones de guerra, y Filosofía de la guerra, en el que todo estaba muy claro.

Marmont, el hombre derrotado en Los Arapiles en 1812, encargado de la defensa de París en 1813 —la hora amarga de la primera abdicación de Napoleón —y sordo al llamamiento del Emperador durante los cien días, había sido sin embargo el mejor amigo de Napoleón desde sus días de Academia. Le había acompañado en veinte campañas y había logrado tal aprecio de sus condiciones que Napoleón nunca llevó muy lejos las reprimendas por sus últimas desgracias.

Hasta 1845 esperó Marmont —Monarquía burguesa de Luis Felipe— para hacer públicos sus pensamientos. Y el escándalo terminó produciéndose porque, aunque quiso explicar con pulcritud y sin resentimiento la razón de la decadencia del Emperador, nada le fue admitido por los fervientes admiradores del gran corso ni nada le fue aceptado por sus detractores.

Pero el tono mesurado y razonador de Marmont terminó imponiéndose en los años del Bajo Imperio de Napoleón III fuera de Francia. En síntesis, venía a decir que aquel gran talento estratégico se vio perturbado cada día más por la insuficiencia de su capacidad táctica, en razón a la escasa experiencia del joven Bonaparte en el mando de Unidades tipo brigada.

Un autor italiano muy importante, Nicolás Marselli, Coronel de Estado Mayor, en *La guerra y su historia*, traducida al español por Pedro Antonio Berenguer y Ballester, Ayudante de Profesor de la Academia General Militar de Toledo en 1884, se hacía eco de la valía de la obra de Marmont. Y encontraba notable la coincidencia de criterio de Marselli con Villamartín en punto tan esencial.

Y es que fue en plena polémica sobre la obra de Marmont donde se arraigó el esfuerzo publicista de Villamartín. Sus tres obras, *Las Nociones*, *Napoleón III* y *la Academia de Ciencias* y el folleto sobre *Historia de la Orden Militar de San Fernando*, se editan entre 1863 y 1865. La serie de artículos en *El Correo Militar*, la *Discusión* y *Fuerza Pública* ratifica que Villamartín mira a Francia —sobre todo al *Ensayo General de Táctica* de Guibert— y que acepta la distinción entre el talento estratégico y la capacidad táctica, que establecerá Marmont en su obra.

Hay en Villamartín un canto encendido —sin poner el nombre de Napoleón— a las cualidades del General en Jefe, que no lo mejora un romántico. Pero su pluma, en línea con la teoría de Comte sobre los tres estadios, desemboca en la tesis de que Napoleón —aquí sí que aparece el nombre— cierra la etapa del fre-roísmo individual y abre la de los pueblos que le vencieron finalmente, España y Rusia.

Villamartín oscila entre las imágenes que de Napoleón dieron Jomini y Marmont. Pero no por ello se empeña en la mejora de los procedimientos tácticos que de producirse hubieran hecho invencible a Napoleón. Esta línea de reflexión sería la del General Concha. Villamartín se eleva sobre el nivel más alto del arte militar, el conceptual. De aquí que la coincidencia de fecha, 1863, con la obra táctica más conocida del General Concha no se refleje en las *Nociones* de Villamartín.

Los dos libros están de acuerdo con la crítica de Marmont a Napoleón. Piensan que Napoleón tenía una impresionante capacidad de previsión y una voluntad de acero, pero que, ganado por la fatalidad del número, dejó de ser un táctico eficiente. Nunca había mandado unidades inferiores a un ejército de varias divisiones. «Siempre veía claro —dice— donde estaba el nudo de la batalla». Cada éxito le hizo mella porque pronto abandonó el gusto por las combinaciones elementales y se entregó sin flexibilidad al ataque directo, como en Waterloo.

Cuando escribe Villamartín, todavía no se había producido en Europa el asombro por las líneas de frente amplio que presentó Moltke en las dos guerras contra Austria y Francia. Pero ya se discute el fallo de las profundas columnas napoleónicas que tomó de un Guibert ajeno a las cifras de combatientes movilizados por la Revolución. En esto, Villamartín acepta las lecciones de Concha, veinte años más viejo y mucho más experimentado. Pero —y he

aquí una observación sorprendente— el binomio que se da como necesario: *General en Jefe y Jefe de Estado Mayor*, aparece Villamartín con las edades invertidas. El joven cuyos impulsos hay que moderar es el General en Jefe y el veterano capaz de añadir reflexión a unas decisiones que se estiman precipitadas, es el Jefe de E. M.

EL CONTRASTE CON LA TACTICA DEL GENERAL CONCHA

Ser continuador de la crítica de Marmont era, en definitiva, tener la obligación de cuidarse de los problemas tácticos de ejecución. Es lo que ocupa más líneas y capítulos en uno de los cuatro libros del trabajo de Marmont. Es también la clave del esfuerzo creador del General Concha. Incluso Moltke, aparentemente, iría por el mismo camino. La resurrección de las *líneas* de Federico de Prusia frente a las profundas *columnas* napoleónicas, acabaría convirtiéndose en el vértice de coincidencia de todos los tratadistas. En la obra de Villamartín la huella es fácilmente perceptible; pero no se desarrolla.

En Concha la decisión a favor de lo táctico fue irresistible. En el mismo 1863 publica *Táctica de Infantería. Instrucción de Brigada o regimiento*, siendo ya Capitán General de Ejército. Nada dice sobre Grandes Unidades a nivel de División, aunque sabe que en los planes de guerra y campaña reaparecerán esas Grandes Unidades esenciales en la concepción napoleónica de la guerra. En este punto el joven Capitán Villamartín será más audaz.

En definitiva, Villamartín, al describir su idea de lo que tenía que ser un Jefe de Estado Mayor daría por sentado algo asombroso para el militar de los tiempos modernos. Un militar dotado de juventud puede ser el General en Jefe. Por eso hay que moderar sus impulsos y hay que colocarle a su lado un veterano Jefe de Estado Mayor que añada reflexión a sus decisiones, en principio, precipitadas.

El General Concha se mantuvo en su postura, ya pública desde el Proyecto de Reforma de la táctica de Brigada y Regimiento de 1852, hasta su muerte en 1874. Era una postura defendida en Francia por Luis Felipe de Orleans y por su más habitual Ministro de la Guerra, el Mariscal Sault, hacia 1848. La política de equilibrio de la Santa Alianza había dejado la herencia de la limitación de efectivos durante la paz. Y en esta estela la España de Isabel II, liquidada la guerra carlista y todavía al margen de la expedición a

Tetuán de 1860, los Generales españoles como Concha se empeñaban en un saber práctico que nada tenía que ver con el razonamiento estratégico, propugnado por Villamartín.

Villamartín actúa como escritor desde una perspectiva crítica a esa doctrina que le parece corta. Contempla a los ejércitos desde una filosofía de la Historia. Su hazaña intelectual consiste en la realización de una marcha paralela entre la evolución de la sociedad en su conjunto y el cambio cualitativo de los ejércitos. En realidad Villamartín había iniciado, junto a Comte y Spencer, otra doctrina a favor de los ejércitos de masas desde los postulados del idealismo hegeliano —culto al héroe— hacia el historicismo naturalista —culto al pueblo—. Ve la guerra en la naturaleza de las cosas, como Darwin. Por eso produce la impresión de creer a ojos ciegos en la inexorable ley de la lucha para la supervivencia de las especies. Pero, como tantos otros historicistas de la primera hora, hará de cada una de las historias nacionales una marcha distinta y específica hacia el progreso. De aquí su nacionalismo apasionado y su queja por el desprecio que en los libros de estrategia, como los de Jomini, se hace a la tradición de los tratadistas militares españoles.

El General Concha será mucho más pragmático. Se sentirá responsable de los resultados concretos en el operar de las Unidades a su orden. En las *Consideraciones y principios generales para la reforma de la táctica de Brigada y Regimiento*, con las que precede su libro de 1863 —poseo el manuscrito muy bien encuadernado que dedicó a S.M. el Rey— la filosofía brilla por su ausencia. Todo es experiencia de resultados:

La perfección que han adquirido las armas de fuego en su precisión y alcance impedirán en lo sucesivo manobrar en las batallas fuera de su esfera de acción... el que trate de eludir esta nueva ley de la guerra, tendrá que tomar sus disposiciones tan lejos de su adversario que casi siempre podrá éste contrariarlas.

Tras citar a Guibert en otra consideración y añadir la confirmación de un buen número de batallas napoleónicas a favor de la permanencia en columna de marcha el mayor tiempo posible llegará a esta clarísima determinación de su doctrina de empleo táctico:

— La artillería alcanza hoy media hora de marcha y la fusilería diez minutos.

- Los ferrocarriles y el aumento constante de vías de comunicación harán más frecuentes las batallas de encuentro... que aconsejan la adopción del orden de escalones, que es un despliegue empezado y no concluido.
- Es indispensable que la infantería pueda moverse en todos los sentidos dentro de la acción del fuego. Allí donde tomó parte nuestra veterana infantería acostumbrada a batirse en línea arrancó la victoria o disputó bien el terreno.
- En España hay más terreno que en ningún otro país de Europa en el que se puede maniobrar sin obstáculo alguno.
- Varios cuadros escalonados —mejor que grandes cuadros— proporcionan fuegos cruzados y dejan intervalos en que colocar la artillería, la caballería, el E. M. y los bagages.
- Hay grandes ventajas en las columnas de poco fondo. Se puede unir el ataque a la bayoneta con el fuego.
- Es imposible establecer como regla para las batallas una serie de evoluciones y maniobras combinadas anticipadamente.
- En el actual sistema de guerra el combate suele depender de los generales de división o brigada.
- Las órdenes de combate han de ser siempre varias según la calidad de las tropas, sus armas y las condiciones del terreno. El verdadero objeto de la ciencia militar consiste en enseñar los distintos medios de sacar partido de cada uno de los muchos accidentes que en la guerra pueden presentarse.

El contraste entre esta síntesis del pensamiento del General Concha (que había de morir de impacto directo de bala en Muru-Muru, a pocos kilómetros de Estella, meses antes del pronunciamiento de Sagunto de 1874), con las ideas de Villamartín se produce por una curiosa inversión entre los dos niveles de reflexión. El Capitán General es un táctico que se asoma discretamente al ámbito de la estrategia operativa. El Capitán de Infantería es un experto en política de defensa que se resiste al descenso al nivel donde se toman las más altas decisiones militares.

Y es posible que la ambición del malogrado Villamartín fuera no tanto la conducción de un gran ejército, sino la discreta, pero lúcida participación en la toma de decisiones de un joven General que le llevará de Ayudante o de Jefe de Estado Mayor.